

la verdad ontológica, precisamente porque era una parte inseparable de esa verdad. Fue esta idea la que creó las grandes hermandades transcontinentales del cristianismo, el islam y todas las demás. La segunda era la creencia de que la sociedad estaba naturalmente organizada alrededor y bajo centros elevados: monarcas que eran personas diferentes de los demás seres humanos y gobernaban mediante alguna forma de dispensa cosmológica (divina). Las lealtades humanas eran necesariamente jerárquicas y centrípetas porque el gobernante, como la escritura sagrada, era un nudo de acceso al ser y algo inherente a él. La tercera era una concepción de la temporalidad donde la cosmología y la historia eran indistinguibles, mientras que el origen del mundo y el del hombre eran idénticos en esencia. Combinadas, estas ideas arraigaban firmemente las vidas humanas a la naturaleza misma de las cosas, dando cierto sentido a las fatalidades de la existencia de todos los días (sobre todo la muerte, la pérdida y la servidumbre), y ofreciendo, en diversas formas, la redención de tales fatalidades.

La declinación lenta y desigual de estas certezas interconectadas, primero en Europa occidental y luego en otras partes, bajo el efecto del cambio económico, los "descubrimientos" (sociales y científicos) y el desarrollo de comunicaciones cada vez más rápidas, introdujeron una cuña dura entre la cosmología y la historia. No es sorprendente así que se haya comenzado a buscar, por decirlo así, una nueva forma de unión de la comunidad, el poder y el tiempo, dotada de sentido. Es posible que nada haya precipitado esta busca en mayor medida, ni la haya hecho más fructífera, que el capitalismo impreso, el que permitió que un número rápidamente creciente de personas pensaran acerca de sí mismos, y se relacionaran con otros, en formas profundamente nuevas.

### III. EL ORIGEN DE LA CONCIENCIA NACIONAL

Si el desarrollo de la imprenta como una mercancía es la clave para la generación de ideas del todo nuevas de simultaneidad, nos encontramos simplemente en el punto en que se vuelven posibles las comunidades del tipo "horizontal-secular, de tiempo transverso". ¿Por qué se hizo tan popular la nación dentro de ese tipo? Los factores que intervienen son desde luego complejos y diversos, pero puede demostrarse claramente la primacía del capitalismo.

Como hemos visto, en 1500 se habían impreso ya por lo menos 20 000 000 de libros,<sup>1</sup> lo que señala el inicio de la "época de la reproducción mecánica" de Benjamin. Si el conocimiento manuscrito era algo escaso y arcano, el conocimiento impreso sobrevivió por su capacidad de reproducción y diseminación.<sup>2</sup> Si, como creen Febvre y Martin, para 1600 se habían producido cerca de 200 000 000 de volúmenes, no es extraño que Francis Bacon creyera que la imprenta había cambiado "la apariencia y el estado del mundo".<sup>3</sup>

Como una de las primeras formas de la empresa capitalista, la actividad editorial experimentó la busca in-

<sup>1</sup> La población de la Europa donde se conocía entonces la imprenta era de unos 100 000 000. Febvre y Martin, *The Coming of the Book*, pp. 248-249.

<sup>2</sup> De esto es característico *El libro de Marco Polo*, que permaneció en el anonimato en gran medida hasta su primera impresión en 1559. Polo, *Travels*, p. xiii.

<sup>3</sup> Citado en Eisenstein, "Some Conjectures", p. 56.

cesante de mercados. Los primeros editores establecieron sucursales por toda Europa: "en esta forma se creó una verdadera 'internacional' de casas editoriales que pasó por alto las fronteras nacionales" [sic].<sup>4</sup> Y dado que el periodo de 1500 a 1550 fue de excepcional prosperidad en Europa, la actividad editorial compartió el auge general. "Más que en cualquiera otra época", era "una gran industria bajo el control de capitalistas ricos".<sup>5</sup> Naturalmente, "los vendedores de libros trataban sobre todo de obtener un beneficio y vender sus productos, de modo que buscaban principalmente las obras que interesaban al mayor número posible de sus contemporáneos".<sup>6</sup>

El mercado inicial fue la Europa alfabetizada, un estrato amplio pero delgado de lectores de latín. La saturación de este mercado se llevó cerca de 150 años. La característica determinante del latín —aparte de su carácter sagrado— era que se trataba de un idioma de bilingües. Relativamente pocos nacían hablándolo y hemos de imaginar que menos aún soñaban en él. En el siglo XVI era muy pequeña la proporción de bilingües dentro de la población total de Europa; muy probablemente no era mayor que la proporción en la población del mundo actual, y —a pesar del internacionalismo proletario— en los siglos venideros. Entonces, como

<sup>4</sup> Febvre y Martin, *The Coming of the Book*, p. 122. (Sin embargo, el texto original simplemente habla de "par-dessus les frontières". *L'Apparition*, p. 184.)

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 187. El texto original habla de "puissants" (poderosos), antes que de capitalistas "ricos". *L'Apparition*, p. 281.

<sup>6</sup> "La introducción de la imprenta fue así, en este sentido, una etapa en el camino hacia nuestra sociedad actual de consumo masivo y de estandarización." *Ibid.*, pp. 259-260. (El texto original habla de "une civilisation de masse et de standardisation", que podría traducirse mejor por "una civilización masiva y estandarizada". *L'Apparition*, p. 394.)

ahora, el grueso de la humanidad era monolingüe. La lógica del capitalismo significaba entonces que, una vez saturado el mercado elitista del latín, llegaría el momento de los mercados potencialmente enormes representados por las masas monolingües. En realidad, la Contrarreforma alentó un resurgimiento temporal de las publicaciones en latín, pero ese movimiento estaba en decadencia a mediados del siglo XVII, mientras que las bibliotecas fervientemente católicas estaban repletas. Mientras tanto, una escasez de dinero que afectaba a toda Europa hacía que los impresores pensaran más y más en la venta de ediciones baratas en lenguas vernáculas.<sup>7</sup>

El impulso revolucionario de las lenguas vernáculas por el capitalismo se vio reforzado por tres factores externos, dos de los cuales contribuyeron directamente al surgimiento de la conciencia nacional. El primero, y en última instancia el menos importante, fue un cambio en el carácter del latín mismo. Gracias a los esfuerzos de los humanistas por revivir la abundante literatura de la Antigüedad precristiana, y por difundirla por medio del mercado de las impresiones, una nueva apreciación de los logros estilísticos refinados de los antiguos era evidente entre la *intelligentsia* transeuropea. El latín que entonces aspiraban a escribir se volvió cada vez más ciceroniano y, por la misma razón, cada vez más alejado de la vida eclesiástica y cotidiana. En esta forma, el latín adquirió un carácter esotérico muy diferente del que tenía el latín eclesiástico de la época medieval. El latín antiguo no era arcano por su tema o su estilo, sino simplemente porque estaba escrito, es decir, por su carácter de *texto*. Ahora se volvía arcano a causa de lo que estaba escrito, a causa de la lengua misma.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 195.

El segundo factor fue la repercusión de la Reforma, que al mismo tiempo debía gran parte de su éxito al capitalismo impreso. Antes de la época de la imprenta, Roma ganaba fácilmente todas las guerras libradas en contra de la herejía en Europa occidental porque siempre tenía mejores líneas de comunicación interna que sus enemigos. Pero en 1517, cuando Martín Lutero clavó sus tesis en las puertas de la catedral de Wittenberg, tales tesis estaban impresas en una traducción alemana, y “en el término de 15 días [habían sido] vistas en todos los rincones del país”.<sup>8</sup> En los dos decenios de 1520 a 1540, se publicaron en alemán tres veces más libros que en el periodo de 1500 a 1520, lo que constituye una transformación asombrosa en la que Lutero ocupaba un lugar indiscutiblemente central. Sus obras representaban no menos de un tercio del total de los libros en idioma alemán vendidos entre 1518 y 1525. Entre 1522 y 1546 apareció un total de 430 ediciones (totales o parciales) de sus traducciones bíblicas. “Tenemos aquí, por primera vez, una verdadera masa de lectores y una literatura popular al alcance de todos.” En efecto, Lutero se convirtió en el primer autor de éxitos de librería *hasta entonces conocido*. O dicho de otro modo: el primer escritor que pudo “vender” sus libros nuevos por su solo nombre.<sup>10</sup>

Muchos siguieron la senda trazada por Lutero, dando comienzo a la colosal guerra de propaganda religiosa que azotó a Europa durante el siglo siguiente. En

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 289-290.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 291-295.

<sup>10</sup> De aquí sólo faltaba un paso para llegar a la situación de Francia en el siglo XVII, cuando Corneille, Molière y La Fontaine podían vender sus manuscritos de tragedias y comedias directamente a los editores, quienes los compraban como inversiones excelentes, en vista de la reputación de sus autores en el mercado. *Ibid.*, p. 161.

esta titánica “batalla por la conciencia de los hombres”, el protestantismo estaba siempre fundamentalmente a la ofensiva, justo porque sabía usar el mercado en expansión de impresiones en lenguas vernáculas, creado por el capitalismo, mientras que la Contrarreforma defendía la ciudadela del latín. El emblema era aquí el *Index Librorum Prohibitorum* del Vaticano —sin contrapartida protestante—, un catálogo nuevo que era necesario por el gran volumen de la subversión impresa. Nada da una idea mejor de esta mentalidad de sitio que el pánico de Francisco I cuando prohibió en 1535 la impresión de *cualquier* libro en su reino, ¡bajo pena de la horca! La razón de la prohibición y de la imposibilidad de su observancia era el hecho de que las fronteras orientales de su reino estaban rodeadas de Estados y ciudades protestantes que producían una corriente masiva de impresos que podían ser contrabandeados. Para sólo citar el caso de la Ginebra de Calvino: entre 1533 y 1540, sólo se publicaron 42 ediciones, pero esa cifra se elevó a 527 entre 1550 y 1564, cuando no menos de 40 imprentas por separado estaban trabajando horas extras.<sup>11</sup>

La coalición creada entre el protestantismo y el capitalismo impreso, que explotaba las ediciones populares baratas, creó rápidamente grandes grupos de lectores nuevos —sobre todo entre los comerciantes y las mujeres, que típicamente sabían poco o nada de latín— y al mismo tiempo los movilizó para fines político-religiosos. Inevitablemente, no era sólo la Iglesia la que se veía sacudida hasta sus raíces. El mismo terremoto produjo en Europa los primeros Estados importantes que no eran dinásticos ni ciudades en la República Holandesa y en la Mancomunidad de los Puritanos. (El pánico de Francisco I era tanto político como religioso.)

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 310-315.

El tercer factor fue la difusión lenta, geográficamente dispareja, de lenguas vernáculas particulares como instrumentos de la centralización administrativa, realizada por ciertos aspirantes a monarcas absolutistas privilegiados. Aquí convendrá recordar que la universalidad del latín en la Europa occidental del Medievo no correspondió jamás a un sistema político universal. Es instructivo el contraste con la China imperial, donde coincidía en gran medida el alcance de la burocracia mandarina y el de los caracteres pintados. En efecto, la fragmentación política de Europa occidental, tras la decadencia del Imperio de Occidente significaba que ningún soberano podría monopolizar el latín y convertirlo en la lengua de Estado exclusiva, de modo que la autoridad religiosa del latín nunca tuvo una verdadera contraparte política.

El nacimiento de las lenguas vernáculas administrativas antecedió a las revoluciones de la imprenta y la religión del siglo XVI y por lo tanto debe considerarse (por lo menos inicialmente) como un factor independiente en la erosión de la sacra comunidad imaginada. Al mismo tiempo, nada sugiere que algún profundo impulso ideológico, ya no digamos protonacional, se encontrara detrás de esta difusión de las lenguas vernáculas donde ocurrió. El caso de "Inglaterra" —en la periferia noroeste de la Europa latina— resulta aquí especialmente ilustrativo. Antes de la conquista normanda, la lengua de la corte, literaria y administrativa, era anglosajona. Durante el siguiente siglo y medio, virtualmente todos los documentos reales se escribían en latín. Entre 1200 y 1350, este latín estatal fue remplazado por el francés normando. Mientras tanto, una lenta fusión de esta lengua de una clase gobernante extranjera y el anglosajón de la población sometida produjo el inglés antiguo. La fusión permitió que la lengua nueva tomara su turno,

después de 1362, como la lengua de las cortes, y para la apertura del Parlamento. En 1382 siguió la Biblia *manuscrita* en lengua vernácula de Wycliffe.<sup>12</sup> Es esencial tener presente el hecho de que esta secuencia fue una serie de lenguas "estatales", no "nacionales"; y que el Estado en cuestión abarcaba en diversas épocas no sólo a la Inglaterra y el Gales de hoy, sino también algunas partes de Irlanda, Escocia y Francia. Es obvio que grandes porciones de las poblaciones sometidas sabían poco o nada de latín, francés normando o inglés antiguo.<sup>13</sup> Casi un siglo después de la entronización política del inglés antiguo el poder de Londres fue expulsado de Francia".

En el Sena ocurrió un movimiento similar, aunque con mayor lentitud. Como dice Bloch de pasada: "el francés, o sea una lengua que, siendo considerada simplemente como una forma corrupta del latín, tardó varios siglos para elevarse a la dignidad literaria",<sup>14</sup> sólo se convirtió en la lengua oficial de los tribunales de justicia en 1539, cuando Francisco I emitió el Edicto de Villers-Cotterêts.<sup>15</sup> En otros reinos dinásticos, el latín sobrevivió durante un tiempo mucho mayor, bajo los Habsburgo, hasta bien entrado el siglo XIX. En otros casos, las lenguas vernáculas "extranjeras" se impusieron: en el siglo XVIII, las lenguas de la corte Romanov eran el francés y el alemán.<sup>16</sup>

En todos los casos, la "elección" de la lengua es gra-

<sup>12</sup> Seton-Watson, *Nations and States*, pp. 28-29; Bloch, *Feudal Society*, I, p. 75.

<sup>13</sup> No debemos suponer que la unificación administrativa en lengua vernácula se logró inmediatamente o en forma plena. Es improbable que la Guyana gobernada desde Londres hubiese sido administrada primordialmente en inglés antiguo.

<sup>14</sup> Bloch, *Feudal Society*, I, p. 98.

<sup>15</sup> Seton-Watson, *Nations and States*, p. 48.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 83.

dual, inconsciente, pragmática, por no decir aleatoria. En consecuencia, fue algo totalmente diferente de las políticas idiomáticas conscientes aplicadas por las dinastías del siglo XIX que afrontaron el surgimiento de hostiles nacionalismos lingüísticos populares. (Véase más adelante, capítulo VI.) Un signo claro de la diferencia es que las antiguas lenguas administrativas eran *justamente eso*: lenguas usadas por los funcionarios para su propia conveniencia interna. No había ninguna idea de la imposición sistemática de la lengua a las diversas poblaciones sometidas de las dinastías.<sup>17</sup> Sin embargo, la elevación de estas lenguas vernáculas a la posición de lenguas del poder, cuando eran en cierto sentido competidoras del latín (el francés en París, el inglés [antiguo] en Londres), hizo su propia contribución a la decadencia de la comunidad imaginada de la cristiandad.

En el fondo, es probable que el carácter esotérico del latín, la Reforma y el desarrollo caprichoso de las lenguas vernáculas administrativas sean importantes, en este contexto, sobre todo en un sentido negativo: en sus contribuciones al destronamiento del latín. Es muy posible concebir el surgimiento de las nuevas comunidades nacionales imaginadas sin que ninguno de esos factores esté presente. Lo que, en un sentido positivo, hizo imaginables a las comunidades nuevas era una interacción semifortuita, pero explosiva, entre un sistema de producción y de relaciones productivas (el capitalismo), una tecnología de las comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Tenemos una confirmación agradable de este punto en la actitud de Francisco I, quien, como hemos visto, prohibió toda impresión de libros en 1535, y cuatro años más tarde impuso el francés como la lengua de sus tribunales.

<sup>18</sup> No fue el primer "accidente" de esta clase. Febvre y Martin señalan que a fines del siglo XIII ya existía en Europa una burguesía vi-

El elemento de la fatalidad es esencial. Cualesquiera que fuesen las hazañas sobrehumanas que pudiera realizar el capitalismo, encontraba en la muerte y las lenguas dos adversarios tenaces.<sup>19</sup> Las lenguas particulares pueden morir o ser eliminadas, pero no había ni hay ninguna posibilidad de la unificación lingüística general entre los hombres. Sin embargo, esta mutua incapacidad de comprensión tenía apenas una importancia histórica ligera antes de que el capitalismo y la imprenta crearan grandes públicos de lectores monolingües.

Aunque es esencial tener en mente una idea de la fatalidad, en el sentido de una condición *general* de diversidad lingüística irremediable, sería un error equiparar esta fatalidad con ese elemento común de las ideologías nacionalistas que destaca la fatalidad primordial de lenguajes *particulares* y su asociación con unidades territoriales *particulares*. Lo esencial es la *interacción* entre la fatalidad, la tecnología y el capitalismo. En la Europa anterior a la imprenta, y por supuesto en el resto del mundo, la diversidad de las lenguas habladas, esas lenguas que son para quienes las hablan la trama y la urdimbre de sus vidas, era inmensa; tan inmensa, en efecto, que si el capitalismo impreso hubiese tratado de explotar cada mercado potencial de lengua vernácula habría conservado minúsculas proporciones. Pero estos variados idiolectos eran capaces de reunirse, dentro de límites defi-

sible, pero el papel sólo se hizo de uso general a fines del siglo XIV. Sólo la superficie plana y suave del papel permitía la reproducción de textos y dibujos, y esto no ocurrió durante los siguientes 75 años. Pero el papel no era un invento europeo. Proviene de otra historia —la de China— a través del mundo islámico. *The Coming of the Book*, pp. 22, 30 y 45.

<sup>19</sup> Todavía no tenemos multinacionales gigantescas en el mundo de las editoriales.

nidos, en lenguas impresas de número mucho menor. La misma arbitrariedad de cualquier sistema de signos para los sonidos facilitaba el proceso de conjunción.<sup>20</sup> (Al mismo tiempo, cuanto más ideográficos fuesen los signos, más vasta era la zona de conjunción potencial. Podemos descubrir una especie de jerarquía descendente, desde el álgebra al chino y el inglés, hasta llegar a los silabarios regulares del francés o el indonesio.) Nada servía para “conjuntar” lenguas vernáculas relacionadas más que el capitalismo, el que, dentro de los límites impuestos por las gramáticas y las sintaxis, creaba lenguas impresas mecánicamente reproducidas, capaces de diseminarse por medio del mercado.<sup>21</sup>

Estas lenguas impresas echaron las bases de la conciencia nacional en tres formas distintas. En primer lugar y sobre todo, crearon campos unificados de intercambio y comunicaciones por debajo del latín y por encima de las lenguas vernáculas habladas. Los hablantes de la enorme diversidad de franceses, ingleses o españoles, para quienes podría resultar difícil, o incluso imposible, entenderse recíprocamente en la conversación, pudie-

<sup>20</sup> Véase una útil exposición de este punto en S. H. Steinberg, *Five Hundred Years of Printing*, capítulo 5. El hecho de que el signo *ough* se pronuncie de modo diferente en las palabras *although*, *bough*, *lough*, *rough*, *cough* y *hiccough* revela la diversidad idioléctica de donde surgió la ortografía ahora convencional del idioma inglés, así como la calidad ideográfica del producto final.

<sup>21</sup> Afirmo deliberadamente que “nada sirvió [...] más que el capitalismo”. Steinberg y Eisenstein casi divinizan la “imprensa”, como tal, como el genio de la historia moderna. Febvre y Martin no olvidan nunca que detrás de la imprenta se encuentran los impresores y las editoriales. Convendrá recordar en este contexto que, aunque la imprenta se inventó en China, quizás 500 años antes de su aparición en Europa, no tuvo ningún resultado importante, ya no digamos revolucionario, precisamente debido a la ausencia del capitalismo en ese país.

ron comprenderse por la vía de la imprenta y el papel. En el proceso, gradualmente cobraron conciencia de los centenares de miles, incluso millones, de personas en su campo lingüístico particular, y al mismo tiempo que *sólo* esos centenares de miles, o millones, pertenecían a ese campo. Estos lectores semejantes, a quienes se relacionaba a través de la imprenta, formaron, en su invisibilidad visible, secular, particular, el embrión de la comunidad nacionalmente imaginada.

En segundo lugar, el capitalismo impreso dio una nueva fijeza al lenguaje, lo que a largo plazo ayudó a forjar esa imagen de antigüedad tan fundamental para la idea subjetiva de la nación. Como nos lo recuerdan Febvre y Martin, el libro impreso conservó una forma permanente, capaz de una reproducción virtualmente infinita, en lo temporal y lo espacial. Ya no estaba sujeto a los hábitos individualizantes e “inconscientemente modernizantes” de los monjes amanuenses. Así pues, mientras que el francés del siglo XII, difería marcadamente del francés escrito por Villon en el siglo XV, el ritmo de cambio se frenó decisivamente en el siglo XVI. “Para el siglo XVII, las lenguas de Europa habían adquirido generalmente sus formas modernas.”<sup>22</sup> Dicho de otro modo, estos lenguajes impresos ya estabilizados habían ido oscureciéndose durante tres siglos; las palabras de nuestros antecesores del siglo XVII son accesibles a nosotros en una forma en que no lo eran para Villon sus antepasados del siglo XII.

Tercero, el capitalismo impreso creó lenguajes de poder de una clase diferente a la de las antiguas lenguas vernáculas administrativas. Ciertos dialectos estaban

<sup>22</sup> *The Coming of the Book*, p. 319. Cf. *L'Apparition*, p. 477: “Au XVIII<sup>e</sup> siècle, les langues nationales apparaissent un peu partout cristallisées.”

inevitablemente “más cerca” de cada lengua impresa y dominaban sus formas finales. Sus primos en condiciones menos ventajosas, todavía asimilables a la lengua impresa que surgía, perdieron terreno, sobre todo porque fracasaban (o sólo triunfaban relativamente) en el esfuerzo por imponer su propia forma impresa. “El alemán del noroeste”, oral en gran medida, se convirtió en el dialecto holandés considerado inferior porque era asimilable al alemán impreso en una forma en que no lo era el checo hablado en Bohemia. El alto alemán, el inglés del rey, y más tarde el tai central, fueron elevados a su vez a una nueva eminencia política-cultural. (Así se explican las luchas de fines del siglo XX en Europa, por las que ciertas “sub”nacionalidades tratan de cambiar su posición subordinada irrumpiendo firmemente en la prensa y en la radio.)

Sólo falta destacar que, en su origen, la fijación de las lenguas impresas y la diferenciación de sus posiciones relativas eran procesos en gran parte inconscientes, resultantes de la interacción explosiva entre el capitalismo, la tecnología y la diversidad lingüística humana. Pero como ocurre con tantas otras cosas en la historia del nacionalismo, una vez llegadas a “ese punto”, podrían convertirse en modelos formales por imitar y, cuando fuese posible, por explotarse conscientemente con un espíritu maquiavélico. Ahora, el gobierno tai desalienta activamente los esfuerzos de los misioneros extranjeros por proveer a sus tribus montañosas minoritarias de sus propios sistemas de transcripción y por crear publicaciones en sus propias lenguas: el mismo gobierno muestra una gran indiferencia por lo que las minorías *hablan*. La suerte de los pueblos de habla turca en las zonas incorporadas a lo que son hoy Turquía, Irán, Irak y la URSS es especialmente ejemplar. Una familia de lenguajes hablados, que alguna vez se reu-

nieron de todas partes, y por ende comprensibles, dentro de una ortografía arábiga, ha perdido esa unidad a resultas de manipulaciones conscientes. A fin de elevar la conciencia nacional turca de Turquía a expensas de cualquier identificación islámica más amplia, Atatürk impuso la utilización del alfabeto latino en forma obligatoria.<sup>23</sup> Las autoridades soviéticas lo imitaron, primero con el uso obligatorio antiislámico y antipersa del alfabeto latino; luego, en los años treinta con Stalin, con el empleo obligatorio del alfabeto cirílico rusificante.<sup>24</sup>

Podemos resumir las conclusiones que pueden sacarse de los argumentos expuestos hasta ahora diciendo que la convergencia del capitalismo y la tecnología impresa en la fatal diversidad del lenguaje humano hizo posible una nueva forma de comunidad imaginada, que en su morfología básica preparó el escenario para la nación moderna. La extensión potencial de estas comunidades estaba forzosamente limitada y, al mismo tiempo, sólo tenía la relación más fortuita con las fronteras políticas existentes (que eran las más extensas que habían alcanzado los expansionismos dinásticos).

Pero es obvio que, mientras que ahora casi todas las naciones modernas de formación propia —y también los Estados nacionales— tienen “lenguas nacionales impresas”, muchas de ellas tienen estas lenguas en común, y en otras sólo una pequeña fracción de la población “usa” la lengua nacional en la conversación o por escrito. Los Estados nacionales de la América española, o los de la “familia anglosajona”, son ejemplos conspi-

<sup>23</sup> Hans Kohn, *The Age of Nationalism*, p. 108. Quizá sea justo añadir que Kemal esperaba alinear por tanto el nacionalismo turco con la civilización moderna, de alfabeto latino, de Europa occidental.

<sup>24</sup> Seton-Watson, *Nations and States*, p 317.

cuos del primer resultado; muchos antiguos Estados coloniales, sobre todo en África, son ejemplos del segundo. En otras palabras, la formación concreta de los Estados nacionales contemporáneos no es en modo alguno isomorfa con el alcance determinado de lenguas impresas particulares. Para explicar la discontinuidad en la conexión entre las lenguas impresas, las conciencias nacionales y los Estados nacionales, es necesario examinar el gran conjunto de nuevas entidades políticas que surgió en el hemisferio occidental entre 1776 y 1838; todas las cuales se definieron conscientemente a sí mismas como naciones y, con la interesante excepción de Brasil, como repúblicas (no dinásticas). No sólo porque fueron históricamente los primeros de tales Estados que surgieron en el escenario mundial, de modo que inevitablemente proveyeron los primeros modelos reales de lo que debían "parecer", sino porque su número y su nacimiento simultáneo ofrecen un campo fértil para la investigación comparativa.

#### IV. LOS PIONEROS CRIOLLOS

LOS NUEVOS Estados americanos de fines del siglo XVIII y principios del XIX despiertan un interés desusado porque parece casi imposible explicarlos en términos de dos factores que, tal vez porque pueden derivarse fácilmente de los nacionalismos europeos de mediados de siglo, han dominado gran parte del pensamiento europeo acerca del surgimiento del nacionalismo.

En primer lugar, ya pensemos en Brasil, en los Estados Unidos o las antiguas colonias de España, la lengua no era un elemento que los diferenciara de sus respectivas metrópolis imperiales. Todos ellos, incluidos los Estados Unidos, eran Estados criollos, formados y dirigidos por personas que compartían una lengua y una ascendencia comunes con aquellos contra quienes luchaban.<sup>1</sup> En efecto, debemos reconocer que la lengua jamás fue ni siquiera un punto de controversia en estas luchas iniciales por la liberación nacional.

En segundo lugar, hay razones graves para dudar de la aplicabilidad, en gran parte del hemisferio occidental, de la tesis de Nairn, por lo demás persuasiva, en el sentido de que:<sup>2</sup>

El surgimiento del nacionalismo, en un sentido distintivamente moderno, estaba ligado al bautismo político de las clases bajas. [...] Aunque a veces han sido hostiles a la de-

<sup>1</sup> Criollo: persona de ascendencia europea pura (por lo menos en teoría), pero nacida en América (y por una extensión posterior, en cualquier lugar fuera de Europa).

<sup>2</sup> *The Break-up of Britain*, p. 41.